



La Jugada de Trump Sobre el Espacio Aéreo y el Lodazal Estratégico Que Produce

Por: [Miguel Santos García](#)

Globalización, 17 de julio 2026

Región: [EEUU](#), [Europa](#), [Rusia](#)

Tema: [Guerra EEUU-OTAN](#), [Militarización](#)

La inesperada propuesta planteada por el presidente Trump respecto al [posible cierre](#) del espacio aéreo ucraniano ha introducido una nueva variable volátil en una ecuación de guerra por poder ya de por sí fluida. La imposición de una zona de exclusión aérea sobre un territorio del tamaño de Ucrania no es una declaración pasiva de intenciones, sino más bien una misión de combate altamente cinética y sostenida que requeriría el despliegue permanente de aviones de combate de la OTAN, sistemas de alerta temprana aerotransportada y aviones cisterna de reabastecimiento aéreo, todos operando en estrecha proximidad a las baterías de misiles tierra-aire y escuadrones interceptores más sofisticados de Rusia. El significado militar de este cierre reside en la necesidad absoluta de suprimir o destruir activamente cualquier red de defensa aérea rusa que amenace la integridad del perímetro restringido, una misión que inevitablemente pondría a las tripulaciones de la OTAN/EE. UU. en curso directo de colisión con sistemas terrestres rusos y la Fuerza Aérea rusa, transformando así la forma de guerra por poder del conflicto en una zona de hostilidades directas activas entre potencias nucleares.

Para el Estado Mayor ruso, la aceptación de dicho marco [supondría](#) una ruptura fundamental de los supuestos estratégicos que han sustentado toda la operación militar especial, ya que el Kremlin ha articulado de forma constante que un objetivo fundamental es impedir la instalación permanente de infraestructuras militares de la OTAN en suelo ucraniano. El enfático rechazo de Dmitry Peskov subraya el reconocimiento de Moscú de que el control del espacio aéreo está inextricablemente ligado a la viabilidad de la campaña terrestre, porque la pérdida de supremacía aérea despojaría a las columnas blindadas rusas de su cúpula protectora y las expondría a los ataques concentrados de drones y bombardeos de artillería que se han convertido en la seña de identidad de las tácticas defensivas ucranianas. La degradación operativa que se produciría sería catastrófica, ya que a las Fuerzas Aeroespaciales Rusas se les negaría la capacidad de realizar los ataques con bombas planeadoras diarias que constituyen la columna vertebral de su estrategia de desgaste, además de perder las plataformas de reconocimiento que proporcionan inteligencia vital sobre los movimientos enemigos. Esta es la realidad militar que Peskov intentó transmitir, porque el Kremlin entiende que la instalación permanente de la aviación de combate de la OTAN sobre Ucrania haría que toda la ofensiva territorial fuera estratégicamente insostenible.

El cese del bombardeo aéreo diario proporcionaría un alivio palpable a las fuerzas ucranianas, mientras que la protección de los nudos ferroviarios vitales y los pasos fronterizos garantizaría que las arterias logísticas del esfuerzo bélico permanezcan intactas e incuestionables desde arriba. Más importante aún, la implementación de este cierre introduce una dinámica de escalada que desafía la gestión fácil, porque una sola identificación errónea, un fallo técnico o una provocación deliberada podrían desencadenar un intercambio militar directo entre potencias nucleares, un resultado catastrófico que

Estados Unidos ha intentado evitar de forma constante durante toda la duración del conflicto al no convertirse en la fuerza aérea oficial de Ucrania ni garantizar su Espacio aéreo. Para Estados Unidos, el precedente histórico de zonas de exclusión aérea impuestas en Irak y los Balcanes ofrece poco consuelo, ya que esas operaciones se llevaron a cabo contra adversarios con redes de defensa aérea relativamente primitivas, mientras que el ejército ruso posee un formidable arsenal de armas de precisión de largo alcance y la disposición doctrinal a atacar los sitios de lanzamiento que sustentarían la misión de cierre.

Tampoco el reciente anuncio de Washington en julio de 2026 de que licenciaría a Kiev para [fabricar](#) interceptores Patriot en el país ofrece una solución a corto plazo a esta crisis de defensa aérea. Sobre el papel, la promesa de autosuficiencia eventual resulta atractiva, pero la realidad militar es que una línea de producción funcional está al menos a un año de distancia, limitada por complejas redes de subcontratistas y componentes como los buscadores de radar activos de Boeing que requieren hasta treinta meses para producirse. Incluso Alemania, con su base industrial muy superior, lanzó un esfuerzo similar en 2024 y no espera resultados hasta 2027. Peor aún, cualquier instalación en suelo ucraniano se convertiría en un objetivo prioritario inmediato para los ataques rusos de largo alcance, lo que podría requerir más recursos de defensa aérea para proteger la planta de los que podría proporcionar.

Los miembros europeos de la OTAN, especialmente aquellos con fronteras orientales, albergan una capa adicional de temor de que sus propias bases aéreas e instalaciones de radar se conviertan en objetivos militares legítimos para ataques preventivos rusos, y la transformación de la zona de conflicto para incluir el corazón de la OTAN es una perspectiva que las capitales europeas ven con alarma sin disimulo. La realidad militar que Moscú no puede ignorar es que el cierre no solo dificultaría sus operaciones, sino que deshabilitaría fundamentalmente su capacidad para llevar a cabo guerra combinada, porque la ofensiva terrestre rusa depende en gran medida del paraguas protector de su propia aviación para suprimir contraataques ucranianos y lanzar el devastador armamento que ha erosionado lentamente las posiciones defensivas ucranianas durante meses de combates duros. La pérdida de esta capacidad dejaría a las fuerzas rusas vulnerables a contraofensivas concentradas de Ucrania, que podrían deshacer los avances territoriales logrados a un coste tan abrumador, y este resultado inaceptable asegura que el Kremlin se opondrá a la propuesta con todos los instrumentos a su disposición.

*

Miguel Santos García es un escritor y analista político puertorriqueño que escribe principalmente sobre la geopolítica de los conflictos neocoloniales y las guerras híbridas en el contexto de la cuarta revolución industrial, la nueva guerra fría en curso y la transición hacia la multipolaridad. Visite su [blog](#).

Es investigador asociado del Centro de Investigación sobre la Globalización (CRG).

La fuente original de este artículo es Globalización

Derechos de autor © [Miguel Santos García](#), Globalización, 2026

[Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook](#)
[Conviértase en miembro de Globalización](#)

Artículos de: **Miguel Santos
García**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca